

MONSEÑOR RAMOS EN JORNADA DE COMUNICACIONES CONFERRE

Antes que todo, agradecer la invitación de Conferre para compartir un ratito sobre la importancia de las comunicaciones en la vida de la Iglesia. Un gran agradecimiento al equipo de comunicaciones. Agradecerles también a ustedes la presencia aquí esta tarde. Uno siempre tiene muchas cosas hacer y cuando se le dedica tiempo a encontrarse con otras personas que más o menos trabajan en lo mismo y que en cierta forma significan una preparación y formación permanente para nosotros, representa un gran esfuerzo. Pero es un esfuerzo que, a la vez, trae una gran retribución, pues tiene que ver con la preparación y perfeccionamiento que estos encuentros otorgan a nuestro trabajo y colaboración en la vida de la Iglesia.

Me han invitado a hablar sobre el mensaje del santo Padre para la cuadragésima novena Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

A raíz a del Vaticano II, los Papas han querido -una vez al año- dedicar un día a una Jornada mundial de las comunicaciones sociales. Este hecho es, en sí mismo, novedoso, aunque ya llevamos casi medio siglo. Y es que permite reflexionar sobre un tema que es fundamental en la vida de la Iglesia; pero que, en dos mil años de historia en la vida de la Iglesia, recién en el siglo pasado nos hemos preocupado de reflexionar y tematizar sobre él. Y cada vez más nosotros consideramos que es importante hablar sobre las comunicaciones.

Podemos tener diversas formas de aproximarnos a las comunicaciones. Alguien, puede decir que es importante porque la tecnología ha cambiado pues antes la comunicación se hacía a través de forma verbal o forma escrita. Alguien, puede decir que tecnológicamente a través de la televisión, internet, redes sociales, la comunicación ha cambiado, por lo tanto, eso adquiere una relevancia en nuestra vida. Eso verdad, pero no absolutamente. El aspecto tecnológico no es el responsable de que la comunicación sea relevante para la de la vida Iglesia. Alguien podría decir también que hay tanta información, que tenemos que transferir respecto de nuestro mensaje, acerca de nuestra doctrina, acerca de lo que Dios ha revelado y manifestado en la vida y en la historia de las personas. Es verdad, es mucho lo que tenemos que informar; pero, comunicar es mucho más que informar.

Y ha sido la conciencia y la reflexión de la intervención de Dios en la vida en la historia de la especie humana-y eso lo vemos en concreto en el documento Dei Verbum, divina revelación del Concilio Vaticano II-en que podemos constatar que el acto comunicativo más prigido más lúcido, más genial, es el que ha hecho Dios con los seres humanos. ¿Por qué?, pues porque no nos ha transferido información, conceptos o doctrina. No se ha

valido simplemente de los medios tecnológicos que tiene el ser humano. Sino que también y, por sobre todo, se ha auto manifestado él mismo, se ha auto comunicado. Esa es la esencia de la comunicación. Se trata de poner en relevancia que el ser humano se mueve y vive en un mundo de relaciones. Estamos interrelacionados unos con otros y la calidez y la calidad de nuestras relaciones van a permitir, ciertamente, comunicarnos de mejor forma.

Entonces, la comunicación pasa a ocupar un lugar central en nuestra experiencia cristiana, de sentirnos vinculados al Señor y tener una íntima relación con él en la vida de la comunidad, el pueblo de Dios, que es la Iglesia porque Dios se ha auto manifestado y comunicado no solamente con personas individuales, sino que también con un pueblo y con nuestra experiencia humana que vive en un mar de comunicaciones. Desde esa perspectiva, los Papas nos han invitado a reflexionar, rezar y tener como foco lo que son las comunicaciones en la vida personal, en la vida comunitaria y en la vida social.

En el contexto del sínodo de la familia, el Santo Padre, en esta preocupación de atender y tener la mirada sobre lo que significa la familia, nos invitó a reflexionar respecto de “cómo comunicar la familia”. Es una expresión extraña. Uno podría decir familia como objeto, en aquello que se comunica y como sujeto donde se da la comunicación. Sin embargo, habla más bien de la familia como “Escuela de Comunicación”. Siempre hablamos de la familia de humanización, como lugar donde se nace, como el lugar donde se aprenden un montón de cosas. Pero aquí, el Santo Padre tiene la lucidez de plantear que “es en la familia donde nosotros aprendemos a comunicar y a comunicarnos”.

Algunos aspectos centrales que quisiera acentuar del mensaje del Santo Padre:

En primer lugar, donde aprendemos a comunicar la familia, es en la familia misma y, evidentemente, si ella se ve afectada, disminuida, agredida o destruida, una de las tantas consecuencias, será que la capacidad de comunicarnos se verá afectada. Por otro lado, en la medida que nosotros podamos ver qué tipo de relación o qué tipo de comunicación se da en la familia, vamos a darnos cuenta el tipo de comunicación vamos a establecer nosotros después como personas adultas. Entonces hay una correlación muy grande en esta perspectiva.

Para ello, el Santo Padre plantea como modelo inspirador de lo que significa el acto de aprendizaje en la comunicación, la visita de la santísima Virgen María a su prima Isabel. A partir de esta situación, indica que un acto comunicativo fundamental fue el reconocimiento que hizo San Juan Bautista en el seno de su madre cuando María llega donde su prima Santa Isabel. El texto del evangelio dice que saltó en el vientre de su madre.

Esta percepción tan aguda de Juan Bautista cuando era embrión, revela lo que es el acto comunicativo y nos señala el lugar donde nosotros comenzamos nuestro aprendizaje en comunicación: el seno materno. De esta forma, se reconoce al ser humano en gestación, como un ser humano no solo en gestación, sino también en aprendizaje, en aprendizaje comunicativo.

En segundo lugar, a partir de este episodio, es que nuestra forma de comunicarnos utiliza muchas veces un lenguaje no verbal. Cuando hablamos de comunicación inmediatamente imaginamos la posibilidad de un texto, un audio o una imagen; sin embargo, aquí habla del lenguaje del cuerpo. El cuerpo puede comunicar, puede hablar. En el salto en el vientre materno que da Juan Bautista y que su madre percibe, hay una experiencia de comunicativa. De esta forma, la experiencia de comunicación trasciende evidentemente lo que es la comunicación de conceptos o ideas simplemente. No es una experiencia gnoseológica o intelectual, sino que más realidad humana que abarca una plenitud de expresiones.

El seno materno que nos acoge es la primera escuela de comunicación, compuesta de escucha y contacto corpóreo. Una expresión muy bonita que después se va ir repicando en la vida del ser humano. Cuando uno es niño, ser acogido, ser envuelto por la mamá, por el papá, por el hermano cuando es un infante pequeñito, es una experiencia tremendamente comunicativa que después se va ir afirmando nuestra personalidad

En Londres, Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial, quedaron muchas guagüitas sin papá y sin mamá, quedaron huérfanos y los juntaron en unos centros de huérfanos. Con el tiempo, se dieron cuenta que muchos de ellos se estaban muriendo, por lo que pensaron que era una enfermedad; sin embargo, se dieron cuenta que si cada cierto rato le daban cariño, si alguien los tocaba o les hacía un pequeño masaje, no se morían. Solamente la comunicación de afectos, la comunicación de una realidad humana, de ser acogido como ser humano, les permitía vivir aferrado a la vida. Lo mismo sucede en sentido contrario, aquellas personas que han sufrido grandes carencias afectivas desde niños, eso se mantiene en la vida futura, en la vida adulta.

La experticia del seno materno se transfiere al seno de la familia cuando un niño nace. Y vuelve a utilizar la figura del seno, del vientre materno. Así como uno nace es acogido, envuelto en ese seno materno; cuando crece, sigue acogido, envuelto en ese seno que es la familia. En ella se aprende a vivir en y con la diferencia. Este es todo un temazo. Cuánto nos cuesta aceptar a las personas diferentes, con qué facilidad pasamos en Chile particularmente de la confrontación de ideas, a la confrontación de personas. Cuando no estamos de acuerdo con una idea, pasamos a ridiculizar la postura contraria. En la familia se aprende a vivir en y con la diferencia, dice el Santo Padre. Es verdad, porque uno puede

escoger los amigos, lo que va a estudiar, el lugar donde va trabajar, pero nunca puede escoger la familia, nunca podrá escoger al papá, a la mamá, a los hermanos. Se puede botar a la esposa, divorciarse, pero nunca se puede divorciar del papá o de la mamá. Quizás no lo va a ver nunca, pero jamás podrá separarse de la mamá o del papá. El hijo puede ser el villano más grande, pero es el hijo de la mamá o del papá. Son relaciones tan poderosas y que si nosotros las procesamos bien, se transforma en una escuela de comunicación en la diferencia de ideas en la familia, de generaciones, etcétera. Ortega y Gasset plantea que lo que más marca en la experiencia humana, es la diferencia de generaciones. Lo vemos en las comunidades religiosas que hablan de la generación tanto. ¡Cuánto cuesta vivir la comunión!

Cómo aprender a vivir la diferencia, cómo no sentir lo diferente como una amenaza. Recuerdo haber leído un artículo sociológico en Europa que planteaba que cuando en una población local el número de inmigrantes pasaba el 10%, se empezaban a producir expresiones de rabia o de violencia y surge el racismo, porque llegan otras costumbres y la comunidad local se siente amenazada. Entonces, cuando en la familia aprendemos a integrarnos bien a digerir adecuadamente nuestras diferencias, evidentemente aprendemos a comunicarnos en éstas y a enriquecernos en ellas.

En la familia, siguiendo esta idea del seno familiar que acoge, aprendemos el lenguaje. Cuando se ha estado en lugar extranjero donde no se habla el lenguaje materno, cuesta comunicarse, se siente tremendamente limitado. Es en la familia donde recibimos esta herencia cultural tan importante que es el lenguaje. Y eso nos permite ubicarnos en una corriente cultural, de expresión y de forma de ser que no podemos eludir. En la familia aprendemos el lenguaje de otros. Y el lenguaje es un proceso de producción cultural extremadamente complejo. Como habla un pueblo, es como el pueblo es. Por ejemplo, los latinos son más plásticos para hablar, nos arreglamos. Los centroeuropeos tienen que tener la sintaxis de una determinada forma, sino se desarticulan. Entonces, el lenguaje expresa la forma de ser de los pueblos y los pueblos producen a través de sus lenguajes, una forma determinada de vivir y expresarse. En la familia, recibimos esta herencia cultural significativa, que es el lenguaje. En ella aprendemos a hablar y aprendiendo a hablar aprendemos a ser de una determinada forma y eso es una cosa que también hay que tomar en cuenta.

El Santo Padre también habla de que en la familia podemos -esto no necesariamente tiene que ser así- o podríamos aprender una forma de lenguaje aún más fundamental y de comunicación más fundamental que es la oración. Enfatiza el Santo Padre que comunicarse con el Creador, comunicarse Dios, es una expresión de lenguaje muy elevada. Esto lo podemos aprender en familia, si es que la familia es orante. "Familia que

reza unida, permanece unida". Esto expresa una verdad muy profunda, puesto que la oración crea un vínculo, no solo con el Creador, sino con aquellos que se encuentran juntos rezando.

Después, el Santo Padre también destaca un concepto interesante de la familia como comunicación, como descubrimiento y construcción de proximidad. Y aquí vuelve a repetir la idea del lenguaje corporal. La familia donde uno se abraza sin problemas; en donde nadie se siente amenazado si da un abrazo grande a la mamá o al papa, o a los hermanos, porque hay ausencia absoluta de doble intención, en esta comunicación de afectos. No solamente el abrazo, también puede ser una palabra, una mirada, un gesto. Y hay familias más pobres en expresiones de afecto que pueden ser muy ricas en bienes materiales. Las familias más pobres en su nexo entre los miembros de la familia, es más débil. Puede haber familias muy destacadas en algunas dimensiones, pero muy pobres en esta. Es por ello que el Santo Padre habla de esta comunicación y de la expresión de las proximidades. Hoy nos vemos situados en una sociedad por una parte tan exitista, tan competitiva en términos del éxito económicos, del éxito profesional; pero que va produciendo personas extremadamente frágiles en lo afectivo. Tremendamente frágiles porque están tan enfocadas al éxito, en lo profesional, en lo económico, que no entienden o no participan de la experiencia de esta proximidad. Cuando viene el fracaso o viene el rechazo, se desploman como un gigante con pies de barro. ¿Por qué? Porque no ha habido una experiencia de construcción en la proximidad de esta realidad humana que es de sustentación común. En las familias aprenderemos a compartir palabras gestos, afectos, éxito, risas, aplausos, sonrisas, silencios una pluralidad de expresión es muy rica en este mundo.

Otro elemento más que el Santo Padre enfatiza en la familia, es que en ella se experimentan los límites propios y ajenos, otro tema que cuesta incorporar hoy. ¿Cuáles son mis límites y cuáles son los de los demás? No solo en el punto de vista relacional, sino que también en el punto de vista de mis propias capacidades. Lo que pasó con Vidal, en medio de la Copa América, por ejemplo. Se va a jugar a un casino ¿dónde están los límites? ¿Dónde está la capacidad para captar los propios límites? La pregunta que uno se hace es ¿cómo no nos damos cuenta que tenemos límites? A veces tenemos la posibilidad de ir más allá, más bien en los límites en lo físico, imposible de llegar por mi propia posibilidad. En cambio una buena experiencia familiar, a uno lo inserta en la clara conciencia que uno tiene límites en la vida, límites éticos, límites humanos, relacionales, límites de las propias posibilidades. No somos nosotros ilimitados. En la familia cuando uno era niño, por ejemplo, nosotros éramos cuatro hermanos, yo no podía gritar en la casa a cualquier hora, porque había gente que estaban durmiendo, si llegaba tarde tenía que entrar en silencio, tenía que respetar el sueño de los demás. Vivíamos tres hermanos

en la misma pieza, teníamos que compartir el closet, esta parte es tuya, esta parte es mía. A uno le gustaba abrir la ventana, al otro cerrarla, entonces se aprendía a cómo ceder también, eso es límite. En la familia aprendemos a organizarnos, ponernos de acuerdo, cómo podemos convivir, cómo ceder; eso son los límites. Tener límites en la vida es importante, por el tipo de lenguaje y comunicación que podemos establecer. El Santo Padre con mucha lucidez nos dice que los límites propios y ajenos, los pequeños y grandes problemas de la convivencia, tienen que ver con el ponerse de acuerdo. Y cuesta ponerse de acuerdo y en la familia hay que ponerse de acuerdo. Para qué hablar en el matrimonio, los cónyuges, en los primeros años. Siempre es un aprendizaje costoso y si alguien quiere expandir sus límites y rebajar los del otro, imponerse, algo malo va a salir de ahí. La experiencia de la comunicación en la familia es que se aprende a integrar los límites. La experiencia de la comunicación implica saber integrar y asimilarlos.

Otro tema que puede pasar en las familias pero, no en todas -aunque uno no lo desea pero cuando una familia lo vive y lo digiere bien esto lo agradece, cosa curiosa- son las familias con hijos afectados por una o más discapacidades. Por ejemplo, yo he conocido familias que uno de los hijos tienen Síndrome de Down, al principio era una tragedia. Antes no se sabía mucho del Síndrome de Down, yo recuerdo que en una familia amiga nuestra una de las hijas nació con Síndrome Down. Al principio no sabíamos qué era eso, averiguamos si se podía curar y supimos que era un problema genético severo.

Para la cultura exitista, que todo esté bien, el síndrome de Down, produce una destrucción familiar. Pero para la cultura que aprende a vivir la vida con sus dolores, sus riquezas y fragilidades, los niños Síndrome Down, niños y adultos ahora, pueden ser una riqueza muy grande, una riqueza gigantesca, aunque resulta contradictorio decirlo. Cuando yo tenía como quince años me tocó ir a un funeral de una niña que falleció a mí misma edad con síndrome Down. La pena de la familia, me hizo reflexionar mucho, cómo una persona con una discapacidad, con una situación de disminución de sus potencialidades humanas, producía tanto cariño en una familia, tanta riqueza de vínculos en esa familia. .

Una vez me tocó estar en Inglaterra, como capellán en hogar, en un pequeño pueblo de hermanos religiosos, donde había gente con discapacidad intelectual, gente con Síndrome Down, gente anciana, gente que no podía comunicarse. Todos tenían alguna dificultad y vivían como en un pueblo, atendido por estos hermanos y por gente profesional también. Y había uno muy grande, muy alto que lo único que hacía cuando veía alguien, era abrazarlo, lo abrazaba y se iba. A mí siempre me abrazaba, este tipo gigantesco y yo decía, qué increíble. Quizás fue abandonado por su familia porque no lo iban a ver y ya tenía más de cincuenta años; sin embargo, con este gesto, que quizás qué significaba para él,

expresaba cariño. Entonces yo reflexionaba: ¿esta persona no está en sobra en este mundo! Quizás no podía producir o quizás no podía aprender o quizás no era valorable en términos de su eficiencia económica; sin embargo, era capaz de transmitir y producir tanto afecto. En la limitación humana de los hijos afectados por discapacidades también nosotros encontramos ahí una escuela de comunicación.

Otro elemento que en la familia también puede ayudar y aterrizar en un aspecto más moderno, dice que el Santo Padre, son los medios de comunicación más modernos como internet, las redes sociales y todo lo que ustedes conocen bien. No son buenos ni malos, pero si pueden ser una oportunidad o pueden ser una amenaza a los seres humanos. Yo recuerdo que cuando empezó internet, en el colegio que yo vivía de estudiantes en Roma, el rector tenía la duda de poner o no internet. Nosotros, éramos todos adultos, ya sacerdotes. Yo le decía, mire esto es igual que ir a un a un kiosco, encuentra noticias y hasta pornografía y ahí uno decide.

Los medios modernos nos abren una gran posibilidad de comunicación y, por lo tanto, puede ser una gran oportunidad de entrar en ese mundo, como así también pueden ser una gran amenaza y en la familia el Santo Padre lo aterriza en la educación de los hijos. Es un tema en la actualidad que debe ser enfrentado por los papás. Ahora muchos de estos programas traen el control parental que no es solo poner barreras, sino que tiene que ver con el cómo educar en el discernimiento, de lo que es bueno o no y que eso se proyecte en la vida como adulto. En el fondo, es cómo crear personas responsables y autónomas, porque no se trata de que tenga o yo no tenga acceso y que el día que lo tenga voy usarlo de cualquier forma; sino que uno pueda discernir claramente cómo usarlo en forma adecuada. Pero tiene que ser un proceso de acompañamiento, uno no le puede decir a un niño a los cinco años tú tienes que discernir adultamente, no. Él se va a mover por otros parámetros. Entonces es por eso que este proceso requiere de acompañamiento educación y paciencia de los padres y adultos.

Ya concluyendo, y me quedan dos minutos, el desafío que dice el Santo Padre es cómo volver a aprender a narrar y hablar de la narración. Narrar significa más bien comprender que nuestras vidas están entrelazadas en una trama unitaria, que las voces son múltiples y que cada una es insustituible. Aprender a narrar es saber comunicar esta experiencia que nuestras vidas, aunque quizás aquí hay muchos nunca nos hemos visto, están entrelazadas, y que cada uno, cada vida, es algo insustituible, que tiene un valor en sí mismo que brilla en la medida que está en vinculación con otro. Porque, cosa curiosa, si nuestra realidad personal, nuestra identidad autónoma, la separamos, la desvinculamos y quedamos cada uno solo en un desierto, se pierde prácticamente toda esa riqueza, aunque tenga una

riqueza en sí misma. Pero esa riqueza brilla cuando está en relación con otros. Esa es la capacidad de narrar el darse cuenta como se da esta realidad.

Por eso el Santo Padre concluye que “La familia más hermosa, protagonista y no problema, es la que sabe comunicar, partiendo del testimonio, la belleza y la riqueza de la relación entre hombre y mujer, y entre padres e hijos. No luchamos para defender el pasado, sino que trabajamos con paciencia y confianza, en todos los ambientes en que vivimos cotidianamente, para construir el futuro”.

Así concluye el Santo Padre un mensaje donde enfatiza la comunicación en el seno de la familia.